

la casa en
EL BOSQUE

Las “trojes” de Michoacán

Ricardo Barthelemy
fotógrafo

y
Jean Meyer

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

I

el tema y la región



Venteando trigo en Cherán.

El patrimonio rural es un capital que apenas empieza a llamarnos la atención y que, además de su interés folclórico o romántico, ofrece enseñanzas: más allá de lo pintoresco, de lo hermoso, de lo conmovedor, atestigua la capacidad del hombre para crear lo que le es necesario, sin grandes recursos, en un mundo tan rudo como generoso que, alguna vez supo amansar, para provecho mutuo.

No se trata de un mundo perfecto y admirable, tampoco de un modelo que habría que conservar o reproducir; pero tal patrimonio, en lo que tiene de humilde y cotidiano, nos permite ver a un pueblo que no sólo no es conservador, sino que innova permanentemente. Nos trae principios, nos recuerda técnicas en las cuales tendremos que inspirarnos, para inventar algo, más allá de nuestra sociedad de despilfarro.

Este libro quisiera ser el primero de una serie que se propondría valorizar nuestra sociedad rural de ayer y anteayer, tan despreciada como desconocida. No se trata de presentar objetos seleccionados por su interés artístico, pintoresco o técnico, no se trata tampoco de exaltar no sé cuál utopía “jipi” de chiveros; se intentará, más bien, ofrecer algunas reflexiones sobre la significación sociológica y cultural de un pasado que podría ayudarnos a recapacitar, en nuestro camino hacia el año 2000.

Una mirada atenta sobre este pasado tan inmediato que aún no termina de

desaparecer, pero tan lejano a la vez, puede enseñarnos muchas cosas: todo el contenido de nuestra conciencia es una formación histórica, como nuestro lenguaje o nuestra alimentación. Bien nos aclara Goethe en un párrafo singular del libro 14 de *Poesía y verdad* cómo la conciencia de todo lo que nuestra existencia tiene de histórico es a la vez segura riqueza y también inquietud y remordimiento.

Mas era un sentimiento que en mí crecía con potencia y no podía expresarse con suficiente misterio, la sensación conjunta del pasado y del presente: una intuición que traía al presente algo fantasmagórico.

La historia está en todas partes. “Existe en cualquier fragmento del presente, al menos como está prisionero en el fruto maduro el calor solar de las estaciones, en el hombre maduro el carácter adquirido, en el paisaje cultivado el trabajo de muchas generaciones”, para hablar como Hans Freyer (1958:186).

Nuestra mirada se ha dirigido hacia la tierra fría de Michoacán. Posiblemente vaya más allá si, como lo creemos, cada terruño, cada región lleva en sí los problemas y, ¿por qué no?, las soluciones de todos los demás.

Este libro es el primer resultado del encuentro felizmente propiciado por el Colegio de Michoacán entre varias personas, técnicas y disciplinas; la coexisten-

cia, en el Centro de Estudios Rurales de la economía, geografía, historia y sociología, por un lado; la larga estancia —más de 10 años— de Ricardo y Marguerite Barthelemy en San Juan Nuevo, por el otro, llevaron a la concepción, luego a la realización de un proyecto que hubiera necesitado diez años: un inventario fotográfico del patrimonio cultural de la meseta tarasca, en todos, absolutamente todos sus aspectos: desde el más humilde de los instrumentos de trabajo, hasta la ceremonia simbólica.

Desde 1974 R. Barthelemy había venido fotografiando el país, los paisajes, los paisanos. Desde 1984, con la colaboración fotográfica de su hija Heidi y del profesor J.B. Colson y la participación de Jean Meyer y César Moheno, emprendimos la realización del inventario soñado.

Cuando empezamos a trabajar, nos dimos cuenta de que había materia para un plan decenal de “inventario del patrimonio”; nos dimos cuenta al mismo tiempo que había que pensar en establecer prioridades. Algunas cosas eran muy importantes, pero no urgía fotografiarlas y documentarlas, en cambio, otras decididamente debían ser registradas de inmediato, porque se encontraban bajo una seria amenaza de desaparición.

Por ejemplo, hemos perdido el uso de la fibra llamada “huinari”. Alguna información debe existir en libros y museos, pero todos los viejos que utilizaron el “huinari” han muerto. Desapareció de



la cultura material una fibra que fue alguna vez muy importante, y que entraba en la confección de unas colchas tan famosas que el pueblo de San Juan Parangaricutiro era conocido como San Juan de las Colchas. Hacia 1970 tal artesanía había desaparecido por completo. Al fotografiar la única colcha exist-

tente en San Juan y al ampliar la foto para analizar los detalles del trabajo, R. Barthelemy abrió el camino para que su esposa Marguerite reviviera esa artesanía en San Juan y en Angahuan. Las colchas así elaboradas resultan ser piezas de museo y, de hecho, van a dar a los museos.

La pintura a base de “charanda” sirve todavía en algunos lugares apartados, pero ya no se mezcla con sangre y huevos; se usan otras mezclas.

Los capotes de palma aún se venden en Paracho, pero están desapareciendo muy rápidamente. Ya no se fabrican tambores, ni tampoco los antiguos instrumentos musicales que existen aún en San Juan y sirven solamente una o dos veces al año, en ocasiones ceremoniales. Podemos mencionar entre los objetos amenazados de extinción, los elaborados con plumas, los clavos hechos a mano, los huaraches a la antigua, sin los clavos actuales, los goznes y la cerrajería tradicionales, el arte de curtir el cuero, el trabajo de la obsidiana, la apicultura y los alambiques tradicionales. Sin hablar de algo más frágil, más volátil aún; el arte de relatar cuentos que no resiste al cine, la televisión, la radio o la fotonovela. El brinco de la cultura oral a la cultura visual ha sido realizado por la gran mayoría de las personas que en 1987 tienen menos de 60 años. Los cuentos existen todavía en la memoria de los ancianos, especialmente de la gente que tiene el don para contar. Esas historias

habría que grabarlas hoy, para escribirlas más tarde, cuando haya tiempo y dinero.

Este libro, dedicado a las “trojes”—aquellas casas de madera de la meseta tarasca— es sólo un compás de espera en tanto no se puedan elaborar otros y pretende despertar el interés hacia un mundo que estamos a punto de perder.

La región considerada

“La meseta tarasca, inmenso hormiguero de talabosques, de artesanos, de músicos, de hombres callados y mujeres platiconas, de niñas a quienes todavía no se les compra su costoso rollo, va siendo penetrada por caminos y veredas. Por ahí transitan antropólogos y estudiosos de las costumbres indígenas que con bastante dificultad establecen una artificiosa relación que culmina con la hechura de algún libro y el envío de cartas y fotografías. Estas tapizan la madera de los trojes junto a rollitos de hojas para tamales, santos, mazorcas enracimadas, moños de colores, ojos de venado y flores en una promiscuidad no exenta de cierta ingenuidad que se transmite a las canciones melodiosas de los purépechas:

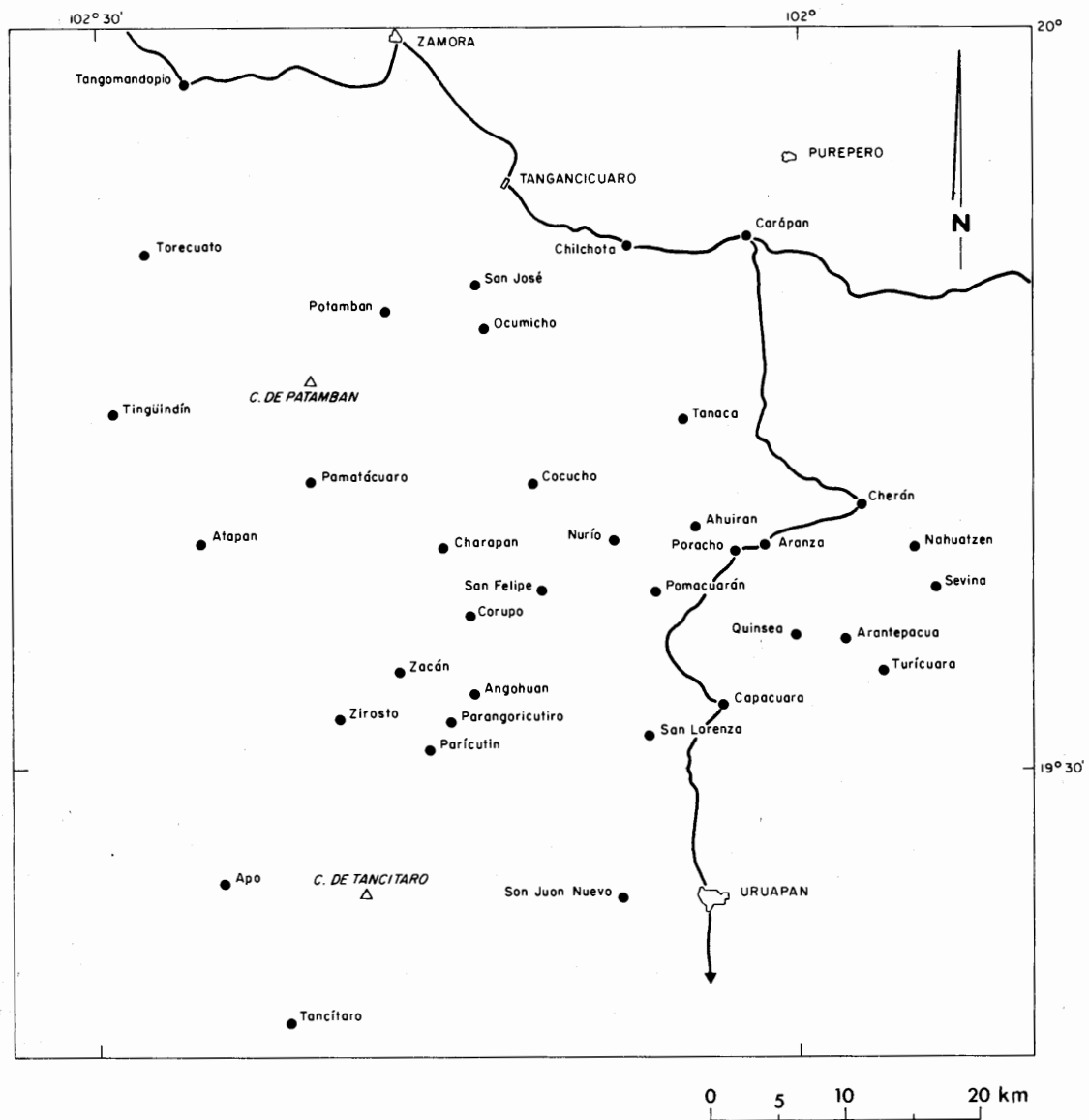
Flor de Canela

Sospiro cuando me acuerdo de ti;

Sospiro yo,

Sospiro cuando me acuerdo de ti.

Armida de la Vara.



La meseta tarasca

“Tiene poco de mesa y cada vez menos de tarasca”, dice Luis González. Es la prolongación hacia el occidente de Mil Cumbres. Ocupa tierra de 14 ó 15 municipios de Michoacán, Carapan, Cherán, Chilchota, Erongarícuaro, Nahuatzen, Parangaricutiro, Pátzcuaro, Quiroga, Santa Clara, Tangamandapio, Tangancicuaro, Tingambato y Tinguindín; o sea 5,000 km², la mayoría de cerros. El lomo del eje volcánico conocido con el nombre de Meseta Tarasca está bien guarnecido, rodeado de montes altos y cubierto con muchos picos.

Cientos de conos volcánicos antiguos y redondos o nuevos y puntiagudos le dan una fisonomía granulosa. Como se repite en todos los libros de geografía, dos series de erupciones volcánicas esculpieron la zona. Todavía surgen volcanes. En una fecha tan cercana como 1943, brotó el Parícuti que, en 9 años, alcanzó 440 m de altura. En 1952 cesó repentinamente su actividad y se extinguió como sus cientos de colegas en la misma región.

“Al clima se le califica de templado y lluvioso, aunque para la gente del rumbo es más bien frío y seco. Durante el invierno se sufren fríos, acompañados de nieblas. Ninguna de las cumbres se viste de nieve crónica pero aun en los valles caen más de cien heladas prietas al año. Lluve mucho en verano. Si se quedara en la superficie lo llovido anualmente for-